ooo TURISMO ESPIRITUAL ooo

Toledo de noche, o el Toledo del Greco

Las tan varias y discutidas justificaciones que a la obra del genial cretense se la atribuyen, no las creemos completamente acertadas.

Con todos los respetos para las eminentes personalidades que le estudiaron, no nos parecen justificadas en su totalidad las razones aducidas sobre las excepcionales características de su pintura.

El misticismo, el misterio, la singularidad de su arte, débese única y exclusivamente a la ciudad toledana, que vivió y sintió como nadie.

Lo prueba sobre todos los razonamientos, lo confirma categóricamente, su propia obra antes y después de vivir la ciudad imperial, tan distinta una de otra, aunque la de antes fuera en los principios del artista, pero en la que ya había acusado una marcada personalidad.

El Greco fué, pues, el pintor de Toledo; lo fué y lo sigue siendo.

Inspiróse en sus singularidades, en sus exquisiteces, en su misticismo excepcional, consiguiendo su propia singularidad, su arte excepcional y exquisito cual ninguno.

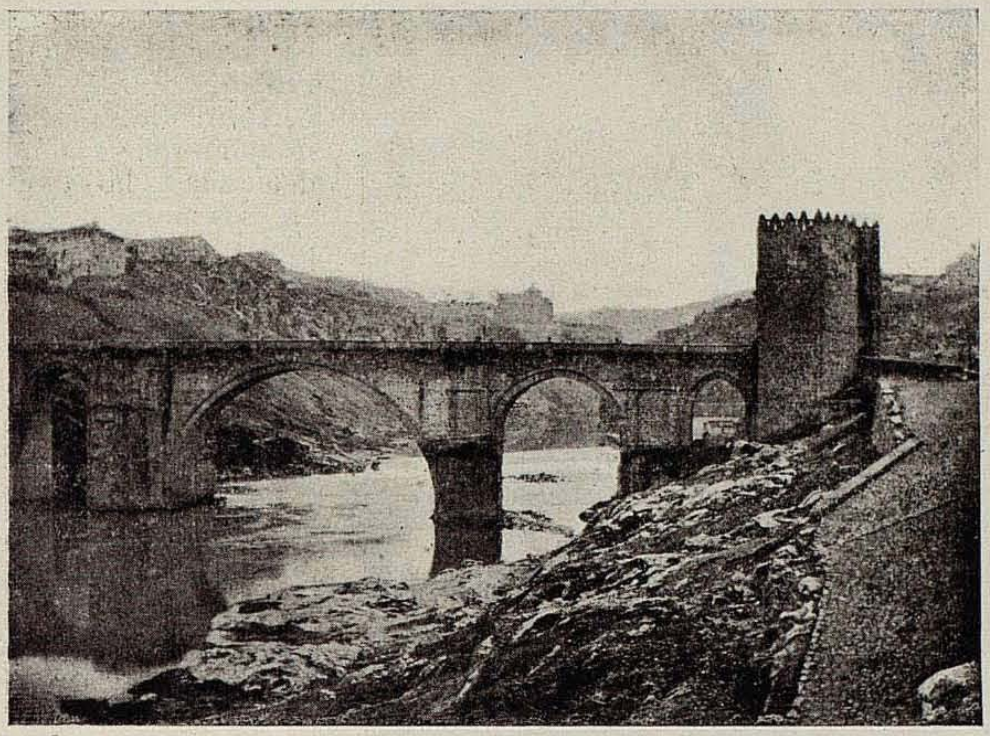
El Greco se hizo artista en Toledo, pero artista suyo exclusivamente, y he aquí el por qué es este uno de los principales valores toledanos.

El nombre de este pintor, tan incomprendido hasta hace muy poco tiempo —que aún lo sigue siendo para bastantes, para todos aquellos que no sienten la espiritualidad ni conciben el ideal— va íntimamente unido al de Toledo.

Decir Toledo, es evocar este artista que, aun nacido en lejanas y ajenas tierras, es suyo como uno de sus tantos hijos; es toledano como el que más.

Igualmente decir Greco, es evocar la ciudad toledana, pero el Toledo verdad,

ES EL TOLEDO DEL GRECO, MÍSTICO, EMOCIONANTE.....



CIELO, TIERRA, AGUA, TIENE UN COLOR INDEFINIDO.....

el gran Toledo, el Toledo maravilloso que no todos conocen.

Porque a pesar de su gran fama, a pesar de reproducirle en todo el mundo, a pesar de ser visitadísimo, no todos, ni una gran mayoría, le conocen en su verdadero valor: en el Toledo del Greco.

Esta ciudad, cumbre de las bellezas y de los tesoros históricos, conserva todavía un aspecto incógnito, guarda una belleza más exquisita que las tantas ya admiradas, reserva un valor supremo, verdaderamente inédito, que la afirma su singularidad sin la menor duda ni contradicción: Unica hasta para los más exigentes.

Pero no es sólo desconocido esto para los de fuera, lo es también para los suyos, para todos los que le habitan, que no le viven, que no le sienten en esta suprema característica.

.....

Anochece: Toledo pierde los matices fuertes del día; sus tonos se decoloran, se unifican.

Es toda ella un solo color: cielo, tierra y agua y si se divisa el río, es una sola mancha. Confundido todo, produce el color de Toledo, distinto siempre, pero siempre suyo ¿gris? ¿pardo? ¿.....? indefinido, excepcional.

A medida que la noche avanza, la ciudad aumenta sus valores pictóricos y misteriosos; obscurece más y más, y la belleza domina soberanamente.

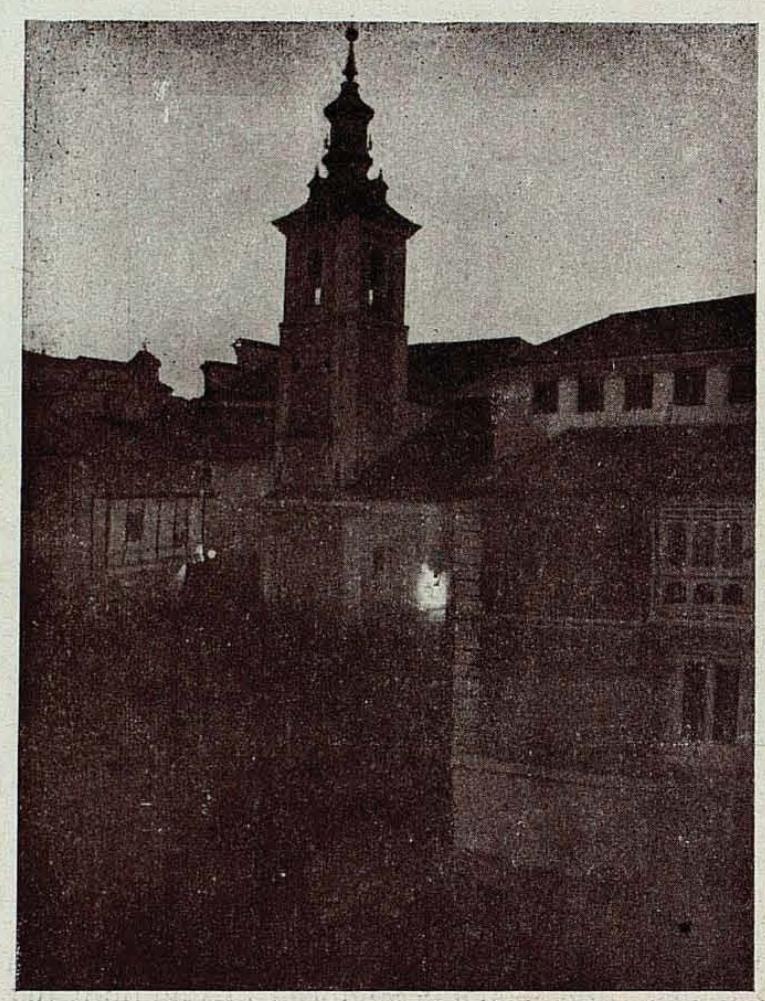
Complementa esta belleza, la calma que con las sombras la dominan toda.

Los toledanos no son trasnochadores, o si lo son, nó lo parecen. Desde muy temprano, sus callejas y callejones, sus plazas y paseos, están solitarios. Nada turba la calma augusta que domina la ciudad.

Vamos a recorrerla. Con luna o sin ella; el Toledo de noche es uno de los espectáculos más emocionantes, más sublimes, que la naturaleza brinda a la humanidad. Nada más grandioso.

Le contemplamos desde sus alrededores, desde sus cigarrales, desde sus puentes, desde las vegas, desde la Virgen del Valle—desde donde tan admirablemente le describió Mauricio Barrés—teniendo el río a sus plantas que completa el asombroso cuadro, con sus rumores monorrítmicos, pero vibrantes, al saltar las presas de los molinos.

Su silueta se recorta sobre el cielo misteriosamente, sublimemente: torres grandes y pequeñas, palacios y casonas, ábsides y baluartes, iglesias y conventos, todo, la masa de la ciudad—de color de oro viejo oxidado, cuando la luna potente y clara la ilumina, o envuelta en misterioso halo en las noches obscu-



LAS SILUETAS DE LAS TORRES SE RECORTAN MISTERIOSAMENTE.....

ras—es una visión de ensueño, es algo idealísimo, inenarrable.

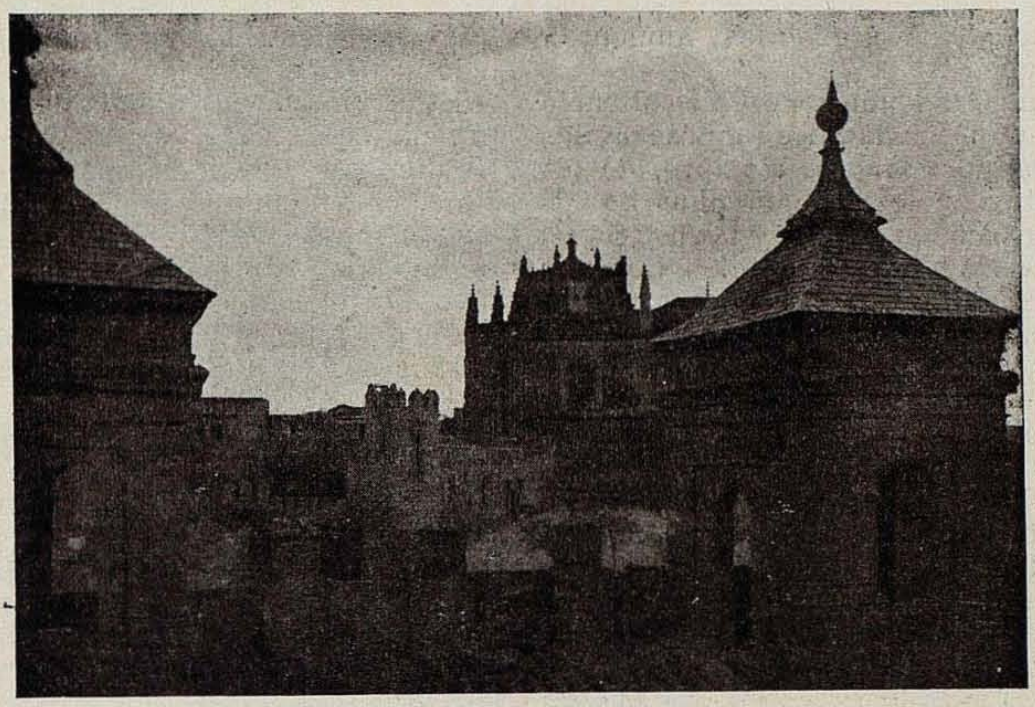
Ante ella, pesimistas—dominados por las contrariedades de la vida—u optimistas—en esos momentos que todo nos parece sonreir—hemos llorado, ¿por qué?

Hemos llorado porque sí, de emoción, de entusiasmo; quizás por incomprensión de esta belleza—como los chiquillos lloran cuando se les regalan muchos, muchísimos juguetes, y como lloran los hombres cuando no pueden poseer a la mujer amada—; hemos llorado por la pena o la alegria que nos dominaba, sublimizada ante este espectáculo.

Han llorado con nosotros hasta los descreidos, los indiferentes a todas las emociones del espíritu, los materialistas, que vieron allí la sublimidad de su materialismo.

Contemplando esta visión hemos permanecido largo rato; cerrados los ojos, le veíamos más completo, sin las luces que la vida impone para vi-

DESDE LA VIRGEN DEL VALLE, ILUMINADO POR LA LUNA, TIENE UN COLOR DE ORO VIEJO.....



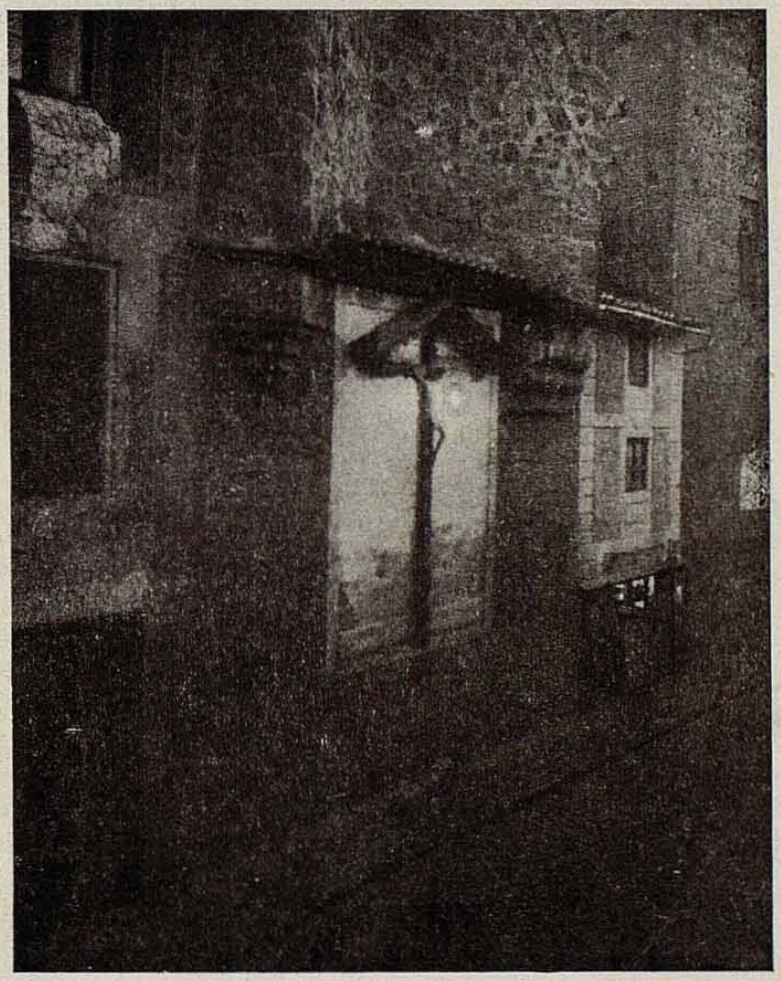
.....ÁBSIDES Y BALUARTES, PALACIOS Y CASONAS.....

virle, todo en la misma obscuridad, sin nada que le desentone. Horas y horas permaneceríamos, toda la noche, hasta el momento sublime del amanecer, en el que al volver Toledo a la vida material, nos ofrece otro momento delicioso, complemento del maravilloso espectáculo nocturno.

Antes o después de su exterior, recorremos el interior: todo en silencio, todo solitario. No parece un pueblo habitado del siglo XX.

Indistintamente, sin citar ninguna, todas sus plazuelas y callejones, sus callejas y paseos, nos ofrecen el mayor encantamiento, su ambiente deleitoso de misterio y romanticismo. Todas nos producen gratísimas evocaciones—Garcilaso, Juan Guas, Jiménez de Rada, Berruguete, Alfonso VI, Pedro Pérez, Juan de Padilla, Cisneros, Egas, Gerardo Lobo, Mendoza, Pedro Tenorio, Tristán, etc., etc.—del ayer toledano y del Greco, del gran cretense siempre, en todo y todas partes.

En la encantadora penumbra de las calles, las oscilantes lucecitas de las hornacinas, con o sin imágenes,



LAS OSCILANTES LUCECITAS EN LAS HORNACINAS

que tanto abundan en ellas, aumentan su misticismo.

Lo aumentan aún más en el silencio que invade la ciudad, los toques frágiles y graves, pero sonoros siempre, de los campaniles y de las campanas de los conventos, en los que las y los religiosos celebran sus horas de oración invariablemente.

Seguimos nuestra ruta en muda pero elocuente contemplación, y llegamos a la plazuela de Santo Domingo el Real; en ella percíbense con toda claridad los cánticos de las dominicas, que en la iglesia del convento entonan los maitines de media noche. Una hora más tarde, las dominicas de Jesús y María cumplen también esta su sagrada misión.

Se las oye perfectamente; es un algo más extraordinario, más admirable en la noche misteriosa y sublime, que Toledo nos ofrece.

Es una mayor idealidad de esta visión tan exquisita, cada vez, en el correr de los días tan materiales, más incomprensible, contra la que también atentaron los toledanos, suprimiendo su Ayuntamiento que los serenos llevasen el típico farolillo de aceite con el chuzo y que cantasen las horas como se cantaban antaño—«Ave María Purísima, las doce, sereno». «Ave María Purísima, la una, nublado», etc., etc.—lo que daba un mayor encanto al excepcional espectáculo de la ciudad mística en sus horas más singulares, en sus horas más intensamente bellas y evocadoras. En la exquisita manifestación del Toledo de noche, del Toledo del Greco, del gran Toledo único por excelencia.

SANTIAGO CAMARASA

Publicado en «Blanco y Negro»

Fotografías tomadas de noche, por el artista D. Pedro Román.

EL TOLEDO INÉDITO

PARA EL AYUNTAMIENTO Y EL CENTRO DE TURISMO DE TOLEDO

Nos recuerda el precedente artículo de nuestro director, que reproducimos de la importante revista madrileña «Blanco y Negro», una campaña iniciada ha tiempo en estas páginas y que tiene de todo nuestro mayor interés: El Toledo de noche.

Es este, un aspecto completamente inédito de nuestra ciudad, de mucho más valor, de mucho más interés que la visita de día.

Toledo de noche, sus callejas y plazuelas, sus rincones y cobertizos, ofrecen la visión más extraordinaria de belleza y emoción, de sublimidad espiritual.

Y esta ofrenda tan singular, es desconocida en absoluto; de cada centenar de turistas que llega a la ciudad imperial, quizás uno sólo y no todas las veces, se quede por la noche.

Es deber de los toledanos todos, y aún más de sus autoridades y en especial de su Ayuntamiento y del Centro del turismo, al que le están encomendadas estas funciones, hacer que este espectáculo tan magistral, sea saboreado por cuantos llegan a Toledo.

Les interesa mucho, no ya sólo por sus fines materiales, si no por el propio prestigio espiritual, propagar este aspecto toledano, y al propagarle preocuparse de las atenciones que la visita nocturna precisa.

En números sucesivos nos ocuparemos de este asunto, con más interés y extensión esperando que mientras tanto, la merezca de las autoridades citadas a quien nos dirigimos.